



Ferran Torrent

Poder contarlo



DESTINO

Poder contarlo

Ferran
Torrent

Traducción de
Felip Tobar

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1476

Título original: *Poder contar-ho*

© Ferran Torrent, 2019

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© Columna Edicions Llibres i Comunicació, S.A.U., 2019

© De la traducción del catalán: Felip Tobar, 2019

Primera edición: septiembre de 2019

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull.

 **institut
ramon llull**
Lengua y cultura catalanas

ISBN: 978-84-233-5601-0
Depósito legal: B. 15.800-2019
Impreso por Black Print
Impreso en España-Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

En la general de Alicante, a la altura del pueblo de Massanassa, pero a la izquierda de la carretera, una nave estrambótica, que aparentaba total ruina física, poco iluminada en los alrededores y con estrechas sendas entre naranjos. Allí se celebraban combates de boxeo clandestinos, una costumbre que se había retomado hacía unos años, después de que las nuevas autoridades democráticas dejaran de reprimir tanto la celebración de aquel tipo de espectáculos con apuestas.

El Largo apadrinaba a Felipe, un muchacho de dieciocho años de imponente figura que participaba en la categoría de los pesos pesados. Su alias deportivo era *The Caiman*, ocurrencia del Messié, cosmopolita. Pero *The Caiman* no era ningún gran experto en boxeo, ni en el manual de la astucia. Era un recién llegado. Aun así, si acertaba un directo, aunque fuese involuntario, el combate se zanjaba. El Largo se había percatado de ello en los numerosos entrenamientos del púgil que había visto, y por eso tenía depositada en *The Caiman* una fe ciega bajo la premisa de que solo le hacía falta poner el guante en

el sitio adecuado en el momento oportuno. El puño izquierdo, infalible.

Así pues, el Largo le repetía en los vestuarios, una estancia que los organizadores tenían que fumar cada semana, que debía soportar con paciencia que le golpearan hasta que estuviera seguro de replicar, con velocidad y potencia, con el puño izquierdo.

—¡Plas! ¿Lo ves? —dijo el Largo lanzando el brazo derecho—. Ya está. Solo eso. Messié, por favor, no fumes aquí —el Messié se marchó. El mánager que había al lado abanicaba con una toalla a su pupilo, tendido en la banqueta, con la cara como el trazado urbanístico de Castellón. The Caiman le echaba un vistazo—. No le mires, que es peor. Nada, no te pasará lo mismo que a él. Es un peso pluma. Caen solo con el aire. Tú eres fuerte. Fíjate en lo que te digo: fortísimo, invencible, inapelable —comentó el Largo, desarmando a Felipe con algún adjetivo incomprensible—. Paciencia y no pierdas de vista los movimientos del rival.

—Si no le hinchan las cejas antes —dijo el mánager que tenían al lado sin dejar de abanicar.

—Ocúpate de tu crack —respondió el Largo sin mirarle. El de la lipotimia combatía bajo el nombre del Bala y seguramente aquel fuera su último combate—. ¿Me has entendido, Felipe? —sí, con la cabeza. No era hombre de palabras obvias—. Tienes al rival acojonado. Ese es tu punto fuerte, que los matas antes de subir al ring. Felipe, el boxeo es psicológico. La convicción de que ganarás. Y tú, con tu físico, la tienes. Iré a ver cómo está el percal. Concéntrate, muévete.

No era el percal lo que le interesaba al Largo, sino el rival. Entró en el vestuario contiguo, todavía más mugriento, con las paredes de ladrillo, los primeros que pusieron, sin ninguna intencionalidad estética. El almacén se había construido a trancas y barrancas, a toda prisa para acoger acontecimientos deportivos que, durante el franquismo, alcanzaron gran popularidad entre los aficionados, que ahora retomaban la emoción de las apuestas clandestinas y el posible descubrimiento de otro Muhammad Ali (Cassius Clay) en la categoría máxima del peso, que era la que el público más apreciaba; porque al público, en general, solo le interesaban boxeadores con virtudes estilísticas más bien volátiles.

—Hola, Barto.

Barto, el mánager del rival de The Caiman, Martínez Barrios.

—¿Qué traes? —le preguntó Barto mientras dedicaba un masaje a los bíceps de Martínez.

—Una figura. Después de tantos años buscándola he dado con un diamante en bruto. Escucha —el Largo le dio la mano de forma automática, deportivamente, al boxeador, pero la pregunta se la hacía a Barto—. ¿Cuántos combates ha librado?

—Treinta y cinco. ¿Y el tuyo?

—Veintidós.

—No le conocía.

—Es de Mataró —era de la Fonteta de Sant Lluís—. Ya le he dicho que esté atento y no eche a perder al tuyo. Es una bestia. Es más alto que yo y tiene el doble de caja torácica.

—Tu caja no es nada del otro mundo. No te preocupes, Largo.

—Mucha suerte —se despidió.

El Messié estaba en el pasillo.

—Messié, cinco mil pesetas a favor de Martínez Barrios. Tiene unos abdominales imponentes. Se le ve entrenado. Un veterano de los que se saben todas las martingalas.

—Los había apostado por Caiman. En su mayoría, el público también.

—Perfecto. The Caiman recibirá más hostias que una alfombra.

El Largo volvió a su vestuario.

—Felipe, dalo por hecho. Calculo que tiene tu estatura, un palmo menos. Venga, muévete, calienta. Recuerda el lema de Cassius Clay: «Flota como una mariposa, pica como una abeja». Pero tú picarás cuando haga falta. Tranquilo, concéntrate, mantén la posición, suelta la izquierda con seguridad y a cobrar.

The Caiman golpeaba al aire, ahora un puño, ahora el otro, con la atención afilada, como si quisiera asestar el *jab* definitivo.

—¿Qué tal va el tuyo? —le preguntó el Largo al mánager que estaba al lado, que intentaba revivir al púgil.

—Creo que se ha dormido.

—Le gusta que le abaniques.

Se había desmayado.

Entró el árbitro. Pantalones negros, camisa blanca, pajarita negra.

—Dos minutos —avisó.

—Árbitro, atento a los golpes bajos.

—Largo, conozco el reglamento. Seis asaltos de tres minutos, ¿OK?

—Tiempo de sobra.

Se despertó el púgil inconsciente.

—Tengo hambre —dijo con cara de no saber nada de lo ocurrido; con un aire franco y afectuoso.

—Ahora cenaremos —el mánager le mostró tres dedos—. ¿Cuántos ves?

—Creo que tres.

—Coño, sí que se recupera bien —dijo el Largo.

El mánager siguió mostrándole los dedos, pero esta vez se los puso más cerca. El Largo se llevó a Felipe. Pero, antes, le puso un albornoz blanco con grandes letras negras detrás: THE CAIMAN.

—Estás guapísimo —le reconfortó.

En el almacén no había gradas; el numeroso público rodeaba el ring. Los dos púgiles coincidieron en el pasillo. Martínez Barrios daba saltitos y movía los brazos con cadencia profesional. El Largo le había dicho a Barto que saldrían los primeros. El otro aceptó. Así pues, The Caiman, flanqueado por el Largo y el Messié, desfiló hacia el ring en medio de una ovación y gritos de ¡Cai-man!, ¡Cai-man! El Largo saludaba a diestro y siniestro (la costumbre de contemplarlo todo como si fuera el protagonista). Subieron al cuadrilátero, le quitaron el albornoz. No tenía los abdominales marcados, pero su figura impresionaba. Los aficionados exhalaban un ¡oh! de admiración. Algunos corrieron al rincón de las apuestas. Pesaba cien kilos según la báscula trucada del Largo. En realidad eran más. The Caiman dedicaba reverencias tímidas al público.

Acto seguido efectuó su entrada Martínez Barrios, igualmente ovacionado aunque no de manera tan ensordecedora. Pesaba menos, su estatura era menor, pero tenía un cuerpo fibroso que resaltaba todos sus músculos. Felipe ya estaba en la esquina. El Largo le ordenó que le trajeran el botiquín y un cubo de agua con la esponja. El *speaker* anunció a los boxeadores, que se encontraban en medio del ring. El Largo también había trucado el historial de Felipe. Una señorita, más bien gorda, con unos *shorts* plateados ceñidos a nalgas y muslos, paseaba un cartel anunciando el primer asalto. Últimos consejos:

—Felipe, tienes que cubrirte los flancos y la cara.

—Todo a la vez es imposible.

—Messié, el preparador soy yo. ¿Lo has entendido, Felipe? —sí, con la cabeza—. Recuerda lo que has aprendido en el gimnasio. Tú, espera. Ya se cansará. Se trata de fatigarlo y esperar el momento.

Sonó la campana.

Martínez Barrios se situó en el centro del ring. Felipe se acercó lentamente. Aún no había llegado allí cuando el otro dio tres pasos adelante y le metió un directo con la derecha en la cara.

El Largo protestó:

—Hombreeee... Primero tienen que saludarse —gritó al árbitro.

Segundo directo en la cara.

—¡Golpe bajo! —el Largo.

Felipe intentó la media distancia, se clavó y lanzó un gancho que el rival esquivó.

—Si acierta le mata —comentó el Messié—. Dile

que se eche atrás para tener más recorrido en la pegada.

—Larga distancia —gritó el Largo a Felipe, pero The Caiman acababa de recibir un *jab* intenso en la cara. Por momentos pareció aislado como un barco a la deriva.

Felipe volvía a golpear el aire. Le faltaba el aliento. El asalto transcurría con The Caiman contra las cuerdas mientras el otro le machacaba los costados. Se abrazaba al contrario para recuperar el aire. El árbitro intentó separarlos. Terminó el primer asalto.

—Bien, Caiman, bien —le animaba el Messié.

—Perfecto. Tú, tranquilo. Ya se cansará. Recuerda el combate Frazier-Clay —pero Felipe no estaba para remembranzas. El Largo le frotó la cara con la esponja. Felipe se quejó. Había olvidado empaparla y le había arañado las heridas—. Para ser el primer combate estás haciéndolo muy bien. Tienes que hacer lo mismo que Clay, que mientras recibía le decía a Frazier: «¿Eso es todo lo que sabes hacer?». Provócale.

—Con el protector bucal no le entenderá —añadió el Messié.

No era el protector, sino que a duras penas podía hablar a consecuencia de los golpes en los lados.

La señorita gordita anunció el segundo asalto y recibió un montón de groserías.

—Aguanta tres asaltos, Felipe —optimismo desatado del Largo—. En el cuarto, rematas.

—Exacto —dijo el Messié.

Pero entonces The Caiman todavía pudo pronunciar una frase:

—¿En qué asalto estamos?

El síntoma clásico: estaba prácticamente grogui, pero el Messié le empujó adentro al sonar la campana.

—¡Remata, Felipe!

—¿No habíamos quedado en el cuarto? —preguntó el Messié.

—Da igual, él no sabe en qué asalto está.

Felipe descargó los puños con furia, pero con los objetivos equivocados. Martínez Barrios daba brinco a su alrededor, esquivándole. Quien no lo hacía, por excesiva precaución, era el árbitro, que se había situado cerca de ellos y recibió un espléndido *crochet* que le envió a la lona. The Caiman se quedó mirándole. Martínez lo aprovechó y conectó una serie de *jabs* con las dos manos contra Felipe. Acabó con un gancho de derecha a la barbilla. The Caiman cayó tendido al suelo.

El Largo saltó al ring.

—¡Combate nulo! —dijo levantando los brazos frente al público.

Barto recuperó al árbitro para que iniciara la cuenta del KO. Lo hacía como un idiota, mareado por el golpe recibido, apoyado en el hombro de Barto.

—¡Y diez! —dijo el árbitro.

—¿Después del cinco va el diez? —protesta del Largo.

—No se levantará ni contando hasta cien —réplica de Barto, que elevaba la mano de Martínez Barrios en señal de victoria.

Una parte del público no estaba de acuerdo con el veredicto, otros se fueron al rincón de las apuestas a cobrar, entre ellos el Messié. El Largo pidió asis-

tencia médica, pero no había venido el médico o no había ninguno en la sala. Poco a poco, The Caiman se recuperó. Entre el Largo y Barto le pusieron de pie.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el Largo a The Caiman para saber qué grado de consciencia tenía.

—Fe... Pe...

Barto miró al Largo:

—¿Eso es grave?

—No, es despistado.

Por precaución, camino del vestuario el Largo no saludaba al público. Felipe se sentó en la ducha mientras dejaba que el agua fría le devolviera al mundo real. Entró el Messié con un fajo de billetes. Los contaron, se los repartieron y dejaron una parte para Felipe. Se los escondieron en el bolsillo en cuanto vieron a Toni Butxana y Marc Sendra.

—Te has lucido, Largo —dijo el detective—. Menos mal que no me fío de tus descubrimientos. Es el nuevo Ringo Bonavena, me decía. Ah, os presento a mi amigo Marc. Es periodista.

—¿Periodista? —el Messié.

—No he venido a hacer una crónica.

—También ha ganado algo de pasta —Butxana—. ¿Dónde tienes al Caimán?

—Estoy bien —se oyó un hilo de voz desde la ducha.

Entró un chico joven y decidido. Alto, delgado, con gafas redondas de carey y el pelo por los hombros.

—Buenas noches, me han dicho que buscaban a un médico.

El Messié le miró.

—¿Tú lo eres?

—Estoy en segundo de carrera.

—Ah, ¡de acuerdo, Felipe! —gritó el Largo—. ¿Puedes salir? Ha venido el doctor.

Felipe salió todavía mojado, el Messié le dio una toalla. El aspirante a doctor le rogó que se tendiera en la camilla. Lo hizo como pudo, lentamente, frunciendo el ceño y los labios con un dolor casi ancestral. El aspirante a médico le tomó el pulso comprobándolo con su reloj. Pidió silencio con autoridad de especialista en la materia mientras observaba el techo, donde una araña criaba a su familia plácidamente. Luego levantó un párpado y después el otro.

—Por favor, apártese un poco, que me tapa la luz —le dijo al Messié—. El pulso, normal —diagnosticó el estudiante, apartando los cabellos que le cubrían los ojos y mirando con satisfacción de experto al auditorio.

Pidió el botiquín y le desinfectó las heridas con alcohol. Felipe se quejó. Le había caído una gota en el ojo.

—Es el primero que curo —se disculpó el doctor—. Bien, no es nada grave, pero durante unos días tiene que limpiarse las heridas. Primero, agua y jabón, y a continuación alcohol. El aire del mar es bueno para que cicatricen.

—Le llevaremos a la playa de Pinedo —el Largo, displicente—. ¿Y en la cabeza?

—Por la superficie nada grave, por dentro necesitaría un quirófano. Ya sabe, una radiografía.

—¿Una radiografía en el cerebro? Vuelve cuan-

do apruebes otro curso —le dio un billete de cien pesetas. El estudiante se fue—. Felipe, ¿me escuchas?

—Sí.

—¿Me ves?

—Sí.

—¿Quién soy?

—El señor Largo.

—¿Cuántos dedos tengo?

—Diez.

—No, cuántos te enseño.

—Cuatro.

El Largo se volvió hacia Butxana y Marc.

—Me impresiona su fortaleza. Solo le falta práctica.

—¿Habéis perdido mucho? —preguntó Butxana.

—Lo más importante es la salud de Felipe —contestó el Messié.

—Pues preparaos porque Marc y yo iremos a vuestro garito. Lo tenéis abierto, ¿no?

—Hemos dejado al Gordo García.

—Eso es como poner a Al Capone de ministro de Hacienda.

Pasados los años, algunos ministros superarían a Al Capone.